

CAPÍTULO VIII

De la fineza con que encubrió Dios su Hermosura y los demás atributos y perfecciones divinas por amor nuestro.

* I

Entre las finezas que hizo este hermosísimo Señor en la obra de nuestra Redención, es una muy grande encubrir su misma Hermosura y las demás perfecciones y grandezas de su infinito Sér con los contrarios dellas; y es razón que lo consideremos, porque parece fué tan gran fineza como si quisiera perder el ser Dios porque nosotros no pereciéramos; y ya que no pudo dejar las grandezas de su Sér, quísolas encubrir por nuestro amor. Y porque empecemos por la Hermosura, ¿á quién no pasma esto, siendo tanta su belleza, que alegra y hace bienaventurados los ángeles y hombres, que sólo el mirarla excita á que le amen? pues el que una vez hubiere visto cuán hermoso, agraciado y bello es, se perderá de amores por Él, se deshará, se derretirá y saldrá de sí; porque toda la hermosura de ángeles, de hombres, mujeres y criaturas es fealdad, y es nada delante de su Hermosura, y millones de veces hermosísima Hermosura. Pues este tal Señor se dejó afean el rostro, escupir, acardenalar y de tal manera desfigurar, que parecía un leproso, y más era semejante á un hombre borrado, que figura ni traza de persona. Por eso fué necesario que dijese Pilatos que era hombre al que mostraba al pueblo. Considera la grandeza del amor deste Señor tan hermoso en sí. y digno de ser amado, que quiere á las almas más que ellas á sí mismas, que es su deleite estar con ellas, que no hay en el mundo enamorado que así muera de amores como Él por cada una, que les dió cuanto tiene, hasta su Sér divino por gracia, y todo esto

sin merecerlo ellas, sino sólo porque las ama, y más las ama, y todo es amor, y siendo tanto el suyo para con los hombres; haciéndose hombre se sujetó á que le aborreciesen de muerte, con un odio tan grande, que (como dice San Bernardo) los mismos á quien sanó, dió vista, manos, pies, salud y vida, y llenó de millones de beneficios, esos mismos clamaron con el pueblo: «¡Crucifícalo, crucifícalo!» Terrible odio y gran rencor, en pago de tanto amor: y en cierta manera es así nuestro desagradecimiento, y le pagamos tan mal, que le crucificamos cada día con nuestros pecados. ¡Oh Señor! no lo permitáis más en nosotros, por quien Vos sois.

¿Qué diré de su soberanía y señorío independiente, que no ha menester á nadie; de suerte que ni ángeles, ni hombres, ni las criaturas todas, no le pueden hacer algún bien en su sér, ni las ha menester para nada? Con ser eso así, se sujetó por ti á tener necesidad de todas, y se bajó á que la tierra le sustentase, el aire le diese la respiración, el agua le diese de beber, el fuego le calentase, el sol le alumbrase, y se sujetó á que si alguno no le daba de comer, padecía hambre. Aquel Señor que siempre está haciendo bien á toda criatura, de todas maneras y á todas horas, cuando Él está ayudando á los elementos, á los cielos y á toda criatura que hagan sus obras y dándoles el sér y el obrar, y derramando misericordia en vivientes y no vivientes, con todo eso, en viéndole hecho hombre, todos parece se aunaron á darle penas y le faltaron en la mejor ocasión y en la mayor aflicción, que fué su muerte; pues de los vivientes, los amigos le dejaron; los que le acompañaban huyeron dél; los discípulos le desampararon, y uno le negó; el brazo eclesiástico le aborreció de muerte; los pontífices y sacerdotes le echaron de sí; el brazo secular le condenó; el Rey le echó de sí por loco; el Presidente le

condenó; toda la justicia (ó injusticia), magistrados y pueblo, no paró hasta quitarle la vida. De los no vivientes, el fuego no le calentó, pues estuvo toda la noche helado, atado en un patio, sin abrigo. El agua no le refrigeró, ni en su mayor sed; clamando que la tenía, no hubo una gota para Él. La tierra parece no le quería sustentar inmediatamente, y así le levantaron della en el aire. El aire le faltó con su respiración, y así hubo de expirar. Los cielos se oscurecieron, el sol negó su luz, el día se volvió noche; todo era temor y horror. Ninguna criatura, finalmente, ni elementos, ni cielos, ni sol, ni nadie le alegró con algo con que suelen alegrar á los vivientes. Este es el pago que le dan las criaturas á nuestro sumo y gran Dios, porque se hizo como una dellas, y porque se humanó á su bajeza por levantar á una á que fuese como Dios. Y Él es tan bueno, que aun todavía se muere por las almas de amores. Considera cómo siendo su vida eterna, sin fin, sin tasa, y que no depende de nadie, ni nadie se la puede quitar, se quiso sujetar á tener otro modo de vida humano y sujeto á poderse acabar por muchas causas, y la puso en manos de un inicuo juez y sayones para que se la quitasen cuando ellos quisiesen, y con la crueldad que quisiesen, dándoles licencia para ello el Dueño de la misma vida y de todas las vidas, sin el cual ni un punto puede nadie vivir; y no teniendo Él necesidad de sustento, manjar, ni vestido, ni de nada para vivir eternamente y en sí mismo, porque Él sólo es y lo tiene todo en sí, y vive una vida divina y bienaventurada, con suma igualdad y gozo, se sujetó á necesitar de un corto comer y vestir, y aun ése no le tenía, y se sujetó á vivir otra vida molestísima, calurosa, fría, penosa y llena de mil trabajos y miserias, y todo esto porque tuvieses la vida eterna, porque estabas privado della para siempre. Mira esto que hizo Dios por ti, como si tú fueras algo y Él

no fuera nada, y como si Él te hubiera menester para que le dices alguna cosa. Siendo también este Señor tan rico y liberal, que muere por dar, quiso de tal manera empobrecerse siendo hombre por ti, que ni aun donde reclinar la cabeza tuvo (como Él mismo dijo), ni muchas veces que llegar á la boca, sino que padecía grandes hambres y sedes; y no padecía también poco tormento viendo tantos necesitados, hambrientos, rotos, enfermos y desnudos, y que su Humanidad santísima no tenía con qué remediarlos, que en un corazón piadoso y liberal como el suyo es de suma pena (y no convenía hacer con cada uno un milagro). ¡Bendita sea tal pobreza, que bien consagrada está y honrada en Cristo, para que la amemos y nos avergoncemos de nuestras demasías!

II

¿Quién no queda atónito, cómo siendo Dios tan grande, y estando tan admirablemente en todas las cosas, y tan inmenso, y tan infinito, que es mayor que todo el mundo (porque todo él y muchos mundos más que hubiera cabían dentro de su inmensidad, y sobrara para otros infinitos que hubiera, no estando limitado á estar sólo en esta tierra, provincia, ciudad, casa ó lugar, porque en todas las criaturas está presente, y todas las ocupa ancha y espaciosamente), con todo eso se quiso atar, determinar y encerrar en un cuerpecito humano y en una casita corta y pobre? Y no teniendo necesidad de pasos ni de cansarse para estar en todo el mundo, quiso limitarse á andar lo que pudiese, y que cada paso le costase sudor y trabajo, como le costó, y se cansó tantas veces buscando al hombre cuando más huía dél, y se sujetó á ver por ojos humanos como tú, y á oír, oler y tocar por los otros sentidos; y al fin, á tener las ope-

raciones cortas, corruptibles y terrenas que tú. Considera esto despacio, y mira lo que le debes; mira cuánto te ama, y cánsate ya de ofenderle, siquiera porque es traición y maldad ofender á quien tanto debes. ¿Pues á quién no maravilla cómo tuvo su omnipotencia encubierta y como atada? porque siendo así que todo lo que quiso hizo en el cielo y en la tierra, y todo lo que quiere hará, sin que haya criatura ni ángel que se lo pueda estorbar, porque sus manos no pueden estar atadas, ni nadie se las pudo atar para que hiciese lo que quisiese, con todo eso, este omnipotente Señor quiso dejarse atar hasta no poderse rebullir, clavado en una cruz, donde ni aun la sangre que tenía sobre los ojos podía quitarse, ni tomar un alivio, ni hacer acción alguna, que parece se desnudó de su omnipotencia y se quedó sin nada más que un puro y desamparado padecer. Maravillémonos también de su santísima justicia, pues no haciendo agravio á nadie, ni pudiéndole hacer, por ser la suma bondad, consintió tantos agravios, tantos atrevimientos, tantas injusticias sin causa, sin testigos verdaderos, sin substanciar nada, sin oír las partes, sin más razón que querer ejecutar su saña, su odio y mala voluntad. Pongamos asimismo los ojos en su infinita misericordia, que es sobre todas sus obras tan grande con los pecadores más perdidos, que muere porque le quieran recibir, y desea con infinito amor usar con ellos de piedad. Fué con todo eso tan mal pagada, que en toda su Pasión y Muerte no se usó con Él ni un rastro de misericordia, ni un alivio de sus penas, sino todo fué ejecutar furoros y cuantas crueldades se les antojaba; y cuando Pilatos parece que deseaba usar alguna misericordia con Él y le mostró tan maltratado al pueblo para que se lastimasen dél, clamaban todos: «¡Quita, quita, quítanos ese hombre de delante! crucifícale; no haya misericordia con él». Pues, Señor

mío, de los infinitos tesoros que habíais derramado de misericordias entre aquella gente, dando vidas y salud, sanando cojos, tullidos, mancos, ciegos y calenturientos, y dándoles de comer á los cuatro y cinco mil hombres, ¿es posible que no hubiese quedado un poco de misericordia en ellos para con Vos, y que quisisteis sufrir eso tan á secas, y que sólo para nosotros hayan sido las misericordias y los bienes, y para Vos las penas y el padecer?

Demás desto, con ser tan grande la Sabiduría de Dios que todos los ángeles y querubines, y todas las criaturas, son ignorantes delante dél, y ser tanta, que todo cuanto hay que saber en el mundo, y en todo lo criado, todo lo comprende y todo lo sabe, se quiso sujetar á juicios de hombres, á ser tenido por ignorante, por loco y sin juicio, como lo pensó Herodes, y á que tuviesen tan bajo concepto dél, que le tuviesen por menos que á Barrabás. ¿Á quién no pasma esto en un Dios Impecable, Purísimo, Santísimo y el Santo de los Santos? Y que siendo esta la alabanza que los ángeles y serafines le cantan en el Cielo, *Santo, Santo, y más Santo*, como la cosa de que más se precia, consintió ser tenido por el más mal hombre de aquella república, por peor que Barrabás, por tan malo, que les pareció no bastaba por sus delitos molerle á coces, puntapiés y azotes, sino le ponían también en una cruz y le quitaban la vida. ¡Oh humildad estupenda del Criador! que siendo implicación que Él pecase, porque ni por todos los bienes, ni por el ser Dios que le pudiesen dar, no haría cosa torcida, ni por todos los males del infierno (si fuera capaz) tampoco la hiciera; al fin como impecable, y ordenado en toda justicia por esencia; con todo eso, en haciéndose Hombre, consintió ser tenido por un desordenado, por un pecador revoltoso del pueblo, por un glotón y bebedor, como se lo daban en cara á sus discípulos los ju-

díos. ¡Bendita sea tal paciencia! Sufrá yo, Señor, algo por vuestro amor, pues tal sufristeis Vos por el mío.

CAPÍTULO IX

Cómo Dios emplea todos sus atributos y perfecciones en bien de los hombres.

I

Para obligarnos con más estrecho título á amar á nuestro Criador y reverenciarle por sus infinitas perfecciones, hemos de considerar que no sólo es digno de ser amado por su inmensa Hermosura y la excelencia de sus divinos atributos, sino también porque todos ellos los emplea en nuestro bien: porque así como el Hijo de Dios encubrió en su Pasión sus divinas perfecciones, así las ejerció también en beneficio nuestro. La eternidad, la omnipotencia, la inmensidad, la sabiduría, la inmutabilidad, la bondad, la misericordia, la justicia, la santidad, la infinidad, la independencia de otro, todo nos está bien, todo lo emplea en nuestro bien: y cuantas perfecciones y bienes tiene Dios, tantos bienes y provechos tenemos. Si consideramos la eternidad, ¡qué presto la empleó este hermosísimo Señor, amándonos sin principio alguno, antes que fuéramos desde una eterna duración! ¡Oh felicidad nuestra, que tanto antes que naciósemos somos amados de un Señor omnipotente, que ni fué Dios antes que fuese nuestro amador!

Si consideramos la omnipotencia, ¡cuán bien empleada está en nuestro bien, habiéndonos criado de nada, sustentándonos en sus brazos, habiendo hecho el mundo por nosotros, y en él tantos prodigios de su poder, obrando la obra de la Encarnación y la estupenda maravilla del Santísimo Sacramento! No pudo tirar más la barra el Poder divino que llegar á hacerse Dios Hombre, y el hombre

Dios. En esto consumió todo el esfuerzo de su potencia, que no pudo pasar más adelante.

Si consideramos la inmensidad, ¡cuán bien nos está que esté Dios en todas partes, pues donde quiera puede oír nuestras oraciones, pues donde quiera estamos con Él y le podemos hablar sin intervención de tercero, sin dilación de mensajero! ¡Oh cuánta dicha es que donde quiera que vamos tenemos á Dios al lado que nos pueda ayudar! ¡Oh cuánta felicidad es tener siempre presente á quien nos ha de premiar nuestros servicios, que por relación sin nuestra no podrá ser engañado! Suerte grande es tener tan cerca á quien debemos reverenciar, no descuidándonos en desdecir en nada de lo que debemos hacer.

Si consideramos la sabiduría infinita de Dios, toda ella nos es provechosísima; porque no puede errar en conocer lo que nos está bien, ni puede engañarse en lo que hace, ni engañar en lo que dice. Nadie puede mentir á Dios, ni informarle siniestramente de un justo. Grande suerte es tener tan prudente Señor, tan sabio Gobernador. ¡Oh, qué bien nos estuvo tener á un Dios sapientísimo, que supo hallar tal medio en nuestros males, que sacase dellos provecho cuando estábamos desesperados de remedio! ¡Oh cuánto bien nos sucedió por la suma Sabiduría, que dispuso que encarnase una Persona divina, para que se endiosase la naturaleza humana; que trazó cómo muriese el Inmortal, porque tuviese vida eterna el mortal!

Si consideramos la inmutabilidad del Sér divino, ¿qué cosa nos puede estar mejor que quien tiene tanta inclinación de hacernos bien, no pueda trocar de condición? ¿Qué cosa más provechosa que tengamos un Juez que no se apasione, un Rey que no se nos mude, un Padre que nunca enferme, un Ayudador que nunca desmaye, un Bienhechor que no se canse, un Bien que no se corrompa?

II

Si consideramos la bondad y misericordia de Dios, ¿qué fuera de nosotros si no fuera Dios tal cual es, tan bueno, tan manso, tan misericordioso? Verdaderamente tenemos un Dios cual le habíamos menester, que aun desagradándole nos hace bien, é injuriándole, no sólo nos sufre, sino mira por nosotros; que por más que le ofendamos, siempre está dispuesto al perdón; que mereciendo nosotros ser aniquilados ó hundidos en mil infiernos por haberle sido tan desobedientes, nos levanta sobre las estrellas y ensalza para que reinemos en el cielo. Tal bondad de Dios habíamos menester, que aun con tanta malicia nuestra no se menoscaba.

Si consideramos su justicia, ¿quién pudiera vivir en el mundo si no hubiera temor de Dios, el cual se debe á la justicia divina? porque si no castigara Dios las maldades tan severamente, no fuera temido. Son innumerables los pecados que quita la severidad divina. Demás desto, es gran consuelo que la injusticia que nos hacen los hombres la ha de deshacer Dios, que como Juez supremo y justísimo ha de juzgar á los jueces inicuos. Es también gran consuelo que no sólo es Dios Juez severo para reprimir y castigar los malos, sino también Señor justo para remunerar los buenos; que no sólo tiene espada para herir, sino palma para honrar y laurel para coronar. No dejará servicio sin paga, ni merecimiento sin galardón, ni obra virtuosa sin premio colmado.

Si consideramos su santidad, ¡cuán inexplicable gozo es vivir con un Dios tan santo! ¡Cuán gran consuelo es que vive dentro de nosotros tan venerando y sacrosanto Señor, que no puede hacer culpa, que no puede obrar por

pasión ni hacer cosa que desdiga, que siempre obra con suma rectitud, que es espejo de toda pureza y perfección, que no desea sino lo bueno, que no le agrada obra que no sea de virtud!

Si consideramos la infinidad é independencia de Dios, ¿qué otra cosa podíamos desear en un Señor tan bueno y liberal, que puede dar cuanto quiere sin límite ni tasa, sino que no haya otro que lo pueda deshacer? En un Dios tan dadivoso, ¿qué otra cosa nos puede estar mejor, sino que no haya quien le vaya á la mano, y que tenga infinito que dar? Un Dios tan misericordioso bien es que sea absoluto, que nadie pueda revocar el perdón que diere. ¿Cómo, si Dios no fuera independiente y de infinito Sér, se atreviera á tal extremo de amor, como fué encarnar por una criatura tan vil como el hombre, y siendo imposible querer padecer por un condenado al infierno; y siendo inmortal querer morir por un esclavo suyo? Este exceso, ¿cómo podía hacer si no fuese de infinita Bondad y Señor absoluto de sus acciones, é independiente de todo?

Si consideramos todas las demás perfecciones divinas, todas son utilidades nuestras, todo Dios nos está bien, todo el Sér divino nos es interesado, todo cuanto es Dios nos es provechoso. Las criaturas por su naturaleza son todas hechas para el Criador; pero el Criador por su bondad todo se hizo para el bien de las criaturas, empleándose en su provecho. Gózome, Señor, de que seáis quien sois, porque lo seáis Vos, y huélgome que todo seáis para mí tan bueno. Por un sólo atributo vuestro, un sólo rayo de vuestra hermosura, ¿cuánto os debo amar? Doblád mi corazón, Dios mío; doblad mi amor para que os ame por lo que sois y por lo que me dais, porque sois digno de ser amado por vuestras perfecciones, y porque sin ser yo digno me amáis con todas ellas.

CAPÍTULO X

Con ser Dios tan infinitamente perfecto, se nos propone que le imitemos.

I

El amor que hemos de tener á Dios, no sólo ha de ser tierno con deseos, sino eficaz con obras; no sólo devoto en los afectos, sino ejecutivo en los efectos, procurando imitar á quien deseamos amar; y así, aunque es Dios infinitamente santo y perfecto, se nos propone por dechado de nuestra perfección. Por eso dijo Pitágoras «que el fin de la vida era hacerse semejante á Dios». Conforme á esto, dijo Apuleyo: «Bienaventurado aquel que en cuanto alcanzan sus fuerzas es semejante á Dios, perfecto, no doblado, puro y apartado desta vida humana». Vergüenza de los cristianos es que no obremos mejor que sintieron los gentiles; que ya que somos hijos de Dios, no le imitemos como Padre, pues aun los paganos dijeron que se había de imitar como ejemplar de toda perfección. Ni tuvieron este sentimiento sólo los que pensaron que los dioses eran como los hombres, sino los que juzgaron de la Divinidad altísimamente, como los platónicos; y así dice Platón ¹: «El mal rodea y se llega necesariamente á esta naturaleza mortal, y á este lugar bajo de la tierra: por lo cual hemos de forcejar por huir de aquí. La fuga será hacerse semejante á Dios». Jamblico, gran discípulo deste filósofo, dice: «Al sabio llamamos imitador de Dios, y juzgamos que sigue á Dios». No dijeron los filósofos esto porque conocieron menos ni alcanzasen (como verdaderamente no alcanzaron) tanto de las perfecciones divinas como los cristianos; porque lo mismo enseñan los Padres de la Iglesia, y

Plat., in Philæbo.

Orígenes dice ¹: «El sumo bien del hombre es hacerse semejante á Dios en cuanto es posible». Pero ¿qué entendimiento de serafin conoce mejor las grandezas divinas que nuestro Redentor? Pues Él nos exhorta con toda claridad, y nos manda en su Evangelio esta misma imitación, y con toda perfección, cuando dijo ²: «Sed perfectos, como vuestro Padre Celestial es perfecto». El mismo Señor en el *Levitico* nos manda que le imitemos en lo sumo que hay en Él que imitar, que es su Santidad; y así dice ³: «Sed santos como yo soy Santo». Bendita sea vuestra dignación ¡oh Dios omnipotente y Majestad inmensa! que queréis que un gusarapillo como yo aspire á vuestra perfección, y que tome por dechado de mi vida á vuestra Impecabilidad, Pureza y Santidad. Pero ¿cómo, Señor, os podré imitar? yo corruptible, vos Impasible; yo corpóreo, vos Espiritual; yo flaco, vos Omnipotente; yo deleznable, vos Inmutable; yo pobre, vos Señor de todo. Ayudad con vuestra gracia mi poquedad y flaqueza para que imite lo que vos más queréis, que es lo que más estimáis en vuestras perfecciones, que es ser santo, puro, impecable, lleno de todas virtudes; y goce la honra que queréis que tenga, haciéndome vuestro semejante y celestial, aunque soy de tierra, procurando imitar vuestras obras.

El modo cómo se hará esta semejanza, aun en la obra de suma omnipotencia, que es la creación, lo dice San Juan Crisóstomo por estas palabras ⁴: «¿Hasta cuándo andamos arrastrados y cosidos á la tierra como gusanos, y nos revolcamos en el lodo? Dios formó nuestro cuerpo de la tierra para que le llevemos al Cielo, no para que por él abatamos al ánima á la tierra. Terrestre es el cuerpo, mas si quisieres, celestial se hará. Mira cuánta honra nos ha

¹ Origen., in Periarch., 6. ² Matth., 5. ³ Levit., 11, 44, et 19, 2.

⁴ Chrysost., homil. 15 ad Thimot. t. 4, fol. 552. p. 2.

hecho Dios habiéndonos prometido este poder. Dios te dice: Yo hice el cielo y la tierra; pues yo te doy semejante poder, que de la tierra hagas cielo; tú lo puedes hacer. De Dios se dice que es el que hace todas las cosas y las traspasa; pues esta misma potestad dió á los hombres ¹: de la manera que un amorosísimo padre, y excelente en el arte del pintar, no quiere para sí solo esta gloria, pero hace que la tenga también su hijo, enseñándole el mismo primor y destreza de su arte. Dice, pues, Dios: Yo hice el cuerpo hermoso; yo te doy á ti un oficio más aventajado: haz tú al alma hermosa. Yo dije: Produzca la tierra yerba, y todos los árboles frutales. Di tú también: Produzca esta tierra su fruto, y producirá cuanto quisieres trabajar. Yo hago el estío y niebla, doy esfuerzo al trueno, y crío al espíritu, formé al dragón y me burlo dél, esto es, del demonio, y no tuve envidia de que tú también tuvieses semejante poder: búrlate tú de la misma manera, si quieres, porque puedes como á un pájaro cazarle. Yo hago nacer al sol sobre los buenos y los malos ²: imita esto tú, y comunica tus bienes á buenos y á malos. Yo sufro injurias, y á mis enemigos hago bien: imita lo mismo, porque puedes hacerlo. Yo el bien que hago es sin tener la mira en algún interés ó paga: haz tú lo mismo y no hagas los beneficios para que te los agradezcan y te los paguen. Yo encendí luminarias en el cielo: enciéndelas tú más resplandecientes y claras que las estrellas, porque puedes; y á aquellos que andan errados, enciende en ellos la luz de la verdad: mayor beneficio es que me conozcan, que es que miren al sol: no puedes hacer al hombre, pero puedes hacerle justo y agradable á su Criador. Yo hice la substancia, pero tú prepara el propósito: mira cuánto te amo, que te doy potestad de hacer cosas mayores». Esto es de San Crisóstomo.

1 Dan., 2. 2 Matth., 5.

II

La más perfecta semejanza de Dios se viene á reducir á la perfección de la caridad, amándole ardientemente por sí mismo. Lo primero, porque el amor transforma al que ama en la persona amada; porque tiene virtud de asemejar, como advierte Platón; y así, quien ama á Dios perfecta y puramente, se hace semejante á Él. Lo segundo, porque aunque esto tiene todo amor, hay en la caridad otra razón particular; porque á ella la acompaña siempre la gracia habitual, la cual es una altísima participación de la naturaleza divina, con que el alma se hace tan semejante á Dios, que se endiosa y se sublima á un orden divino que traspasa toda perfección y grandeza de la naturaleza criada y posible. Lo tercero, porque el mismo amor de Dios es santidad, y Dios amándose á sí es santísimo. Por lo cual, quien quiere cumplir y ejecutar lo que nos manda el mismo Dios, que seamos santos como Él lo es, le debe amar como Él también se ama; y quien quiere satisfacer al precepto de Cristo, de que seamos perfectos como lo es nuestro Padre Celestial, imitándole en su altísima perfección, no ha de cumplirlo con otra cosa más que con amar á Dios perfectísimamente, esto es, por ser quien es, sin respeto ni consideración á otra cosa; de modo que ni á sí mismo se ha de amar, sino sólo por Dios: lo cual, cuanto es más debido, tanto es menos practicado; y cuanto más puesto en razón, menos cumplido. Por esto dijo San Bernardo aquella notable sentencia: «Que había muchos que padecían tormentos por Cristo, pero pocos los que se aman perfectamente á sí mismos por Cristo». En el sentido destas palabras está la declaración de la pureza de amor con que debemos amar á Dios; pero no son fáciles de entender. Y

á la venerable Beatriz de Nazaret, hija en profesión y espíritu del mismo San Bernardo ¹, la parecieron tan dificultosas, que dos días enteros gastó en considerar cómo podía ser que el amarse á sí mismo fuese cosa mayor que el padecer tormentos por Cristo. Mas reparaba que supuesto que es cosa natural á todos, así buenos como malos, el amarse, tenía particular misterio aquello que notó San Bernardo, añadiendo por Cristo. Viendo, pues, la sierva de Dios que por discurso no alcanzaba á saber el sentido verdadero de aquella sentencia, se acogió á la oración, pidiendo á Nuestro Señor se la declarase. Oyóla el Señor, y en una admirable visión se lo dió á entender, porque arrebatada en éxtasis vió á toda la máquina del universo, que como un globo tenía debajo de los pies; y sobre él estaba puramente Dios, de suerte que venía ella á estar entre Dios y el mundo. Al mundo tenía debajo de sí, á Dios sobre sí en quien estaba toda transformada. Aquí entendió el sentido de las palabras referidas, que es que lo sumo de la perfección y semejanza de Dios es cuando uno no tiene sobre su cabeza sino á Dios únicamente, y á todo lo demás del mundo debajo de los pies, no haciendo aprecio dello más que si no fuera, sólo teniendo amor y estima de Dios, no de otra cosa ni de sí mismo. De suerte que ni el amor natural de sí mismo le tiene tanto naturalmente cuanto sobrenaturalmente, amándose únicamente por Dios, saliéndose del número de las criaturas en cuanto al amarse á sí por sí, y traspasándose á un orden divinísimo y participación del Criador, amándole tanto á Él, que ni aun á sí se ama sino por Él, sin otro respeto de bien ni de mal.

Pues este amor y perfección es de pocos, porque si bien hay muchos que hacen grandes penitencias y padecen grandes tormentos por Cristo, esto lo hacen (aunque san-

¹ Apud Chrys. Henr. in vita B. Beatric. de Nazareth, cap. 48.

tamente) con algún respeto á utilidad ó bien propio, aunque loable, por satisfacer por sus pecados, ó por librarse de alguna tentación, ó por alcanzar de Dios alguna merced, ó por no condenarse. Esto todo es de grande provecho y digno de alabarse: pero puédesse hacer sin aquella gran pureza y fineza de caridad de Dios, y hacerlo más por temor que por amor; y más que esto es cuando un alma está tan transformada (digámoslo así) en Dios, que toda es amor, toda aspira á Dios y desprecia sumamente todos los bienes del mundo, aborreciéndose tanto á sí, que no tiene ánimo para amarse, si no es forzada del amor de Dios, con el cual sólo se ama perfectamente, porque se ama con el modo más alto que hay de amar, pues es el mismo amor de Dios, en comparación del cual todo otro amor de sí es muy corto, y muchas veces equivale al odio. De manera, que todas las fuerzas de nuestros afectos las ha de ocupar Dios, sin quedar otra afición, ni estima, ni amor. Esto será imitar á Dios, teniendo el mismo sentimiento de su Hijo Cristo Jesús, como nos amonesta San Pablo cuando nos exhorta á que sintamos lo mismo que Jesucristo, que siendo Dios y en todo igual al Padre se anonadó y como se deshizo, tomando forma de siervo, hecho semejante á los hombres, y obedeció hasta morir en una cruz. Pues para imitar á Dios hemos de tener semejante sentimiento, que así como el Verbo eterno, siendo Dios por el amor que nos tuvo se anonadó y como se deshizo, haciéndose hombre, de tal manera que parece no se acordó que era Dios, no haciendo caso de su divinidad, para dejar por eso de padecer y humillarse por los hombres; de la misma manera debe el hombre hacer, amando á su Criador; y de tal manera se ha de transformar en Dios por amor, como si ya no fuera hombre, sino que en él estuviera desvanecida y aniquilada la naturaleza de hombre, mirando tan poco por

las comodidades de la vida humana como si no fuera hombre, y mirando tanto por la gloria de Dios como si fuera el mismo Dios, gozándose del truco que hace tan ganancioso de dejarse á sí por Dios. Esto, por cierto, debemos á su grandeza, á su infinidad, á su inmensidad, á su eternidad, á su sabiduría, á su justicia, á su bondad, á su misericordia, á su santidad, á su hermosura, á su simplicidad, en que contiene suma variedad de perfecciones, y á su estupenda unidad, que se compadece con la trinidad de Personas; pues porque es trino es más uno y menos compuesto que cuantas simplicidades simplicísimas, cuantas unidades unísimas, cuantas purezas purísimas, cuantos espíritus espiritualísimos hay. ¡Oh Señor, y cuán justo es que os ame por quien sois, tan entera, tan llena, tan perfectamente, que no me quede amor para amar otra cosa, y si la amare, sea por vos! Todo lo demás tenga debajo de los pies, y no haya cosa que tenga sobre la cabeza sino á vos, ni adore sino á vos, ni ame sino por vos, ni desee sino en vos, y con esto imite vuestra pureza y santidad, dándoos mi corazón, mi afecto y mi deseo.

Aqueste amor de Dios y entrega de todo nuestro afecto, y deseo, y alma, ha de pasar á las obras; y así dice San Agustín ¹: «Aquello mismo que Dios redimió en ti, le ofrece, esto es, tu ánima. Y si preguntas ¿cómo á mi alma, que Él tiene en su potestad, le ofreceré? yo te respondo que con las costumbres santas, con los pensamientos castos, con obras fructuosas, apartándote del mal y convirtiéndote al bien, condenando al vicio, amando á Dios, queriendo bien al prójimo, usando de misericordia con los necesitados, pues nosotros lo fuimos, y bien miserables, antes que fuésemos redimidos; perdonando á los que nos ofenden, pues todos nosotros estuvimos en pecado y ofensa de Dios;

¹ Aug. serm. 7 de Temp., et 3 de Nativ., t. 10, pág. 577.

hollando á la soberbia, pues por soberbia cayó el primer hombre; echando de nosotros la envidia, porque por envidia engañó el demonio al género humano. Pues como esto sea así, levantad vuestros ánimos, y no haya alguno, ora sea esclavo, ora libre, ora noble, que no ofrezca á Dios su voto y deseo de su corazón, y le ponga en ejecución. Cosa digna de lástima sería si no ofreciéramos á Dios alguna cosa nuestra, pues ofreció el mismo Dios su ánima y vida por nosotros, por los cuales, Él que es eterno recibió carne mortal; y así, cualquiera que tuviere contra otro algún enojo, perdónele por amor de Dios, y con esto ofrece su deseo. Si alguno tiene larga costumbre de ser lascivo, vuelva en sí, sacuda de sí su inmundicia por la compunción, clame con el corazón al Señor en el secreto de la oración: ¡Piadosísimo Señor y misericordiosísimo Dios! básteme lo que hasta aquí he pecado y lo que te he menospreciado, lo que he satisfecho á la hediondez de mi carne; ya de aquí adelante prometo convertirme de mi maldad. Cuando esto hiciere, también ha ofrecido su deseo. Si tiene envidia á su hermano y no se deleita con su felicidad y lo bien que hizo alguna cosa, prometa tratar antes de hacer buenas obras que tener semejante emulación; y cuando hiciere esto, también ha ofrecido su deseo y voto. Si alguno tiene á cargo un homicidio, determine en su corazón hacer penitencia dél. Vengue en sí mismo su mala conciencia. Señálese él la penalidad y tiempo de su penitencia, y tormento con que se ha de afligir; y al ánimo lleno de ponzoña que la confusión de la sangre de su prójimo hirió, atórmentele con ayunos y humildad: que si esto hiciere, también ha ofrecido su deseo y voto. Si acaso alguno tiene costumbre de murmurar diciendo mal de lo que hacen otros, sin mirarse á sí, prometa á Dios en su corazón, y diga: Hasta aquí murmuré de otros sin poner

en mí los ojos; y siendo yo el más miserable de todos, tenía á los otros por cuitados; basta lo que ha pecado hasta aquí mi lengua; ya determino enmendarme. Ves aquí también que quien esto hiciere, ofrece á Dios su deseo y afecto. Si alguno echa de ver que es cruel, prometa á Dios tener compasión. Si es soberbio, prometa humildad. Si es amigo de beber, prometa sobriedad. Si agraviare al anciano, pídale perdón; y si él le agraviare, perdónele sin que se lo pida. Si esto hiciéredes, ofrecéis á Dios un voto muy agradable, y como remuneráis á Cristo». Esto es de San Agustín; en las cuales palabras nos enseña que al amor de Dios han de acompañar santas obras; que no basta el afecto devoto, sino el propósito eficaz y el conato de tener siempre más pureza de vida, más santidad en las obras. No debe hacer menos quien sirve á un Dios tan puro, quien imita á un Dios tan santo, quien ama á un Dios tan puro, santo, perfecto, inmenso, eterno, sabio, justo, bueno, omnipotente y hermoso.

CAPÍTULO XI

El gran deseo que hemos de tener de ver á Dios por ser tan Hermoso.

I

La prueba del amor dijo un filósofo que eran los deseos; y así los Santos que verdaderamente amaron á Dios, desearon también con grandes ansias verle; porque la misma grandeza de su infinita Hermosura, que les obligó á amarle, esa misma les insta y estimula para que deseen gozarle y poseerle, acabando de ver cómo es, descubierta y claramente, sin velo ni cortina alguna, lo que aun encubierto admiran. Estos deseos de ver á Dios son tan debidos, que entre los derechos de justicia que tiene el Cria-

dor para con las criaturas, puso Santa Brígida el deberle que le deseemos: «Justicia es, dice ¹, que sea deseado sobre todas las cosas que se pueden desear y que se han de desear». La Esposa santa, después de haber hecho una recapitulación de todas las hermosuras de su Esposo, concluye diciendo que es «todo para desear». San Jerónimo traslada: «Todo es de codicia». El Hebreo lee: «Todo Él es deseos». Como si dijera: es tan hermoso Dios, que no sólo es amable, y deseable, ni sólo se le debe un deseo, sino los deseos de cuantas cosas deseables hay, porque no hay en Él cosa que no sea para desear y apetecer, y encierra fuera de eso en sí cuantas cosas apetecibles hay. Por lo cual leyó Vatablo: «Tanto cuanto es son cosas apetecibles». Viene bien esto con el discurso que acababa de hacer la Esposa de las principales perfecciones divinas con que daba las señas de su Amado, hallando en cada una mil razones porque ha de ser deseado: «Mi Amado, dice, es blanco y colorado, escogido entre mil»; blanco es por la pureza de su santidad, colorado por el incendio de su caridad, escogido por la singularidad de su infinito Sér, en que sobrepuja á la perfección de todas las cosas criadas y por criar. «Su cabeza es oro bonísimo, sus cabellos como los cogollos de las palmas, negros como un cuervo»; porque su sabiduría es más preciosa que el oro, sus pensamientos más altos que las cumbres más subidas, pero oscuros á nosotros por los arcanos, misterios y secretos de su providencia. «Sus ojos son como de palomas lavadas con leche sobre los arroyos de las aguas», por la pureza de su intención, pues mira siempre por nuestro bien, sin tener respeto á interés ni provecho propio. «Sus mejillas como los cuadros sembrados de aromas», por la fecundidad suavísima de sus afectos, que se suelen descu-

¹ S. Brígida, lib. 8, c. 48.